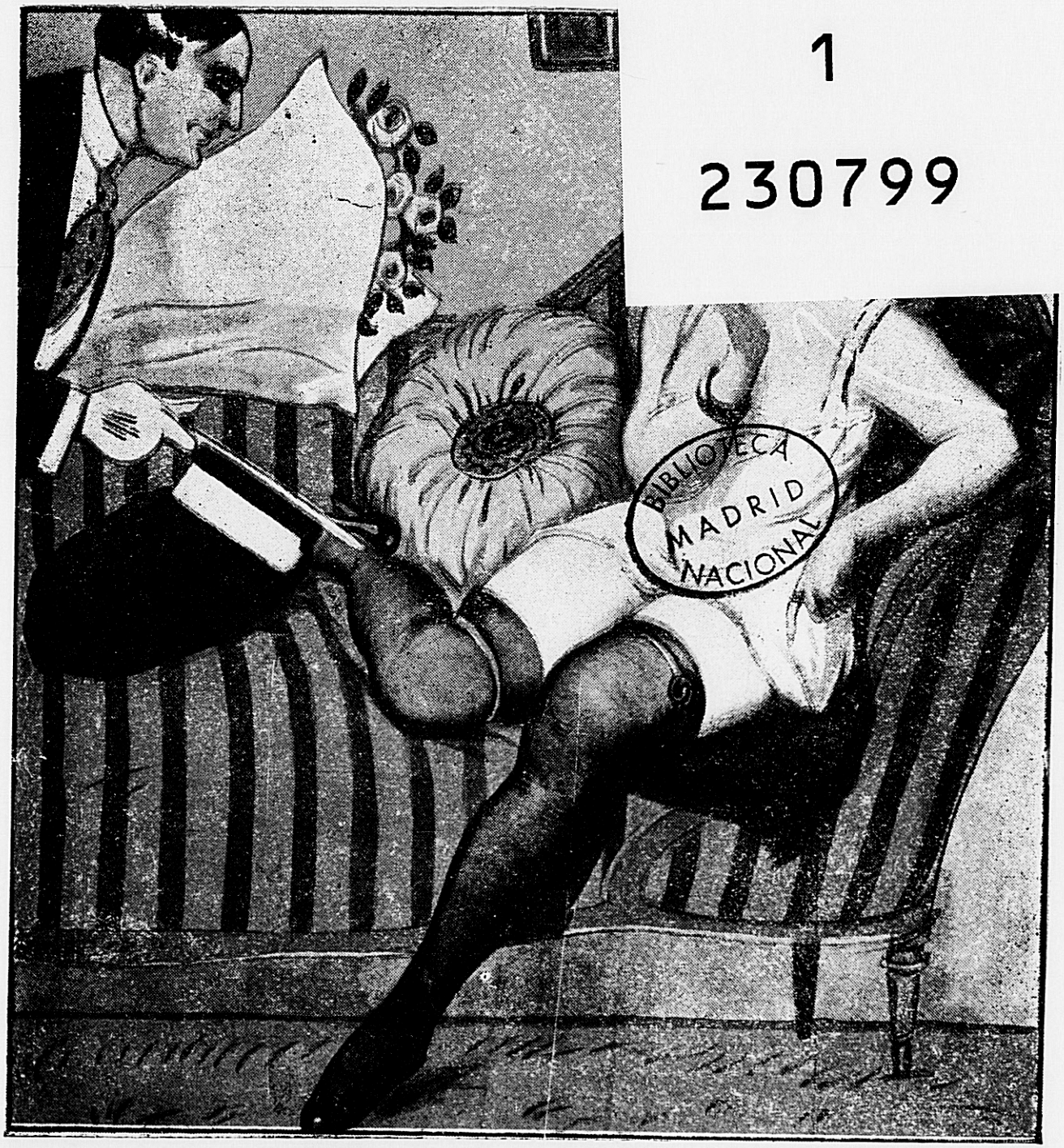
LO QUE VIÓ UNA CAMA

por MANUEL FLORES



1

230799

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

COLECCIÓN GALANTE

50 cts.

1
230799

47/ 1438236

COLECCIÓN GALANTE

ABILIO PONS

LO QUE VIÓ UNA CAMA

NOVELA



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

ADMINISTRACIÓN: Ferlandina, 5
BARCELONA

ES PROPIEDAD

R3184499

Lo que vió una cama

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

LO PRIMERO Y PRINCIPAL

Lo primero que hizo Arturito, cuando le fué concedida la mano de su adorada Rosalía, fué encargar el ajuar en una casa de las más renombradas de la población.

La futura suegra le recomendó que eligiese los muebles resistentes y fuertes; nada de modernismo ni delicadezas.

—Déjate de juguetes—le decía;—buenas

butacas, buenos sillones, sólidas mesas y, sobre todo, una cama con fuertes columnas y tableros macizos.

No pensaba ella ocuparla, desde luego; pero como había de vivir con los nuevos esposos y era de una corpulencia aterradora, deseaba que los demás muebles tuvieran la necesaria resistencia para aguantar, sin el menor deterioro, su pesada humanidad.

Arturito era de la misma opinión, porque su fortuna no le permitía ir renovando el mobiliario a cada paso.

Así es que manifestó su aprobación, añadiendo con malicia:

—Y, respecto a la cama, descuida usted, señora, que podrá aguantar cuantos ejercicios se realicen en ella.

Rosalía hizo como que se ruborizaba y exclamó con inocencia:

—¿Es que crees tú que la cama se ha hecho para jugar, condenado?

—De todos modos—añadió Arturo,—ha de ser a prueba de bomba para que les sirva a nuestros nietos.

En efecto, se constituyó en un afamado almacén y eligió varios muebles.

—¿No quiere usted cama?—le preguntó la dueña, una jamona apetitosa, con unos ojos que echaban lumbre y un tipo que mareaba.

—Sí, quiero—respondió Arturito;—pero no veo ninguna que me agrade.

—¿No le gusta esta, de caoba pura?

—Me parece muy endeble.

—¿Y esta de nogal?

—Tampoco. Si pudieran construirme una...

—Y cuarenta, que necesite.

—Por ahora me basta con una, señora; no sé si más adelante aumentará la familia.

—Todo puede ser, tratándose de un matrimonio joven. En fin, estoy a sus órdenes; voy a llamar al encargado.

Se presentó éste y se hizo cargo de las exigencias de Arturito.

—Se hará como usted desea, caballero—le dijo.—Ahora, que resultará un poquito cara.

—Eso no importa; el caso es que sea de mi gusto.

Arturo vió algunos modelos y eligió el que le pareció más artístico y resistente.

—¡Ea, ya tenemos cama!—le dijo a su futura, cuando, por la noche, fué a visitarla.

—¿Dónde está? Quiero verla.

—No, mujer; todavía no la han terminado, ni empezado quizás; quiero decirte que ya está encargada. Aquí tienes el diseño.

—¡Magnífica!—dijo la novia.

—¡De primera!—exclamó la mamá.—Estos relieves de la cabecera, sin embargo, son un poco atrevidos, porque dos angelitos besándose...

—¿Es que no se besan en el cielo?—observó Arturo.—Además, cuando su hija se acueste conmigo ya estará curada de espantos.

—¿Qué lenguaje en ese? ¿Cree usted que se puede hablar delante de Rosalía como si se tratase con un carretero?

—Vamos, perdónale, mamá, en gracia a que pronto será mi marido.

—Eso le salva y, además, el buen gusto que ha tenido para elegir la cama.

Se aproximaba la fecha del casamiento. Arturito no dejaba un día de ir al almacén, para ver los adelantos de la obra.

—¿Cómo anda eso, señora?—preguntaba.

—Muy bien; ya están pulimentando los tableros.

—¿Puedo verla?

—Pase usted.

En un rincón del taller estaba el mueble en construcción, todo de roble, hasta los travesaños y las tablas donde reposaría el sommier.

El encargado del taller dirigía el trabajo y, verdaderamente, se esmeraba en él como si fuese cosa propia.

Era el orgullo de artista y al mismo tiempo su afán de hacer un mueble que acreditase la casa más de lo que lo estaba ya.

—Si no fuera por las prisas—le decía a Arturito—la expondría algunos días y estoy seguro que caería más de un encargo.

Avanzaba la labor y, desde luego, estaría para la fecha señalada, pero héte aquí que de común acuerdo se convino en que antes

de emprender el viaje de novios, la luna de miel, había que dejar la casa completamente montada y, por lo tanto, se necesitaba la cama con dos días de anitcipación.

El encargado dijo que aquello era pedir un imposible y que supuesto que, aun yéndose los novios quedaría alguno de la familia, ellos podían hacer el viaje completamente confiados en que al regreso encontrarían la cama montada y dispuesta a recibirlos en sus mullidos colchones y en sus robustos pilares.

Pero Arturo se negó; había que velar, aunque tuviese que pagar doble las horas extraordinarias, y no hubo más remedio que acceder y comprometerse a ello.

La noche antes del día señalado para la entrega se hallaban solos en el taller la dueña, contemplando el acabado de la obra, y

el encargado, tapando faltas y barnizando escrupulosamente.

—La verdad es—dijo la señora—que ha hecho usted una obra primorosa.

—Más vale así—replicó, modestamente, el encargado.

—Como que hasta parece que se ha de dormir mejor en ella que en otra cama—exclamó la dueña, sonriendo.

—Poco dormirán los novios al principio.

—¡Ay!—suspiró.—¡Qué tiempos aquellos en que también una podía elegir la cama!

—Pues ahora está usted lo mismo, maestra, porque no le faltan camas que elegir.

—Yo me entiendo. ¿Para qué había de elegir ahora la cama, si no tengo nada que perder?

—Pues mire usted, maestra—dijo el encargado con atrevimiento;—algo quisiera yo que se la perdiera para encontrármelo.

—¡Sí que haría usted suerte!

—Vamos, que Dios la puede castigar y quitarla esa boca preciosa, y esos ojos zaragateros, y esa pechera abultada y esas caderas juncales...

—Basta, basta, Andrés, que se dispara usted como una jaca loca.

—Loco me tiene usted a mí hace una barbaridad de tiempo.

—Pues que le amarren.

—Con la trenza de sus cabellos, sí, maestra; ya se lo he dicho muchas veces.

—Pero me he quedado un poco sorda.

—A ver si oye usted esto.

Y, acercándose rápido, le dió un beso en la boca.

Hacía tiempo que él la tanteaba y ella se resistía, por el decir de la gente; hacía pocos meses que había fallecido su esposo y no le parecía prudente entregarse; pero le te-

nía voluntad y quizás soñase con hacerle condueño del almacén en un plazo no lejano.

Aquel beso la trastornó y se consideró perdida.

La abstinencia ocasiona muchas caídas prematuras.

Andrés comprendió que había que aprovecharse y, cogiéndola por la cintura, la dijo con ojos lúbricos:

—Maestra, ¿quiere usted que probemos si es resistente la cama?

—¡Pero este hombre está loco!—exclamó ella, sin dar contestación categoría.

El encargado se jugó la última carta: a falta de colchones, empezó a arrojar sobre el tablero montones de virutas y crin, y, antes que la mujer pudiese darse cuenta, ya la había tumbado en la cama de Arturito.

—¡Loco, loco... lo... co... lo...!—tarta-



Y acercándose rápido le dió un beso en la boca.

mudeaba la maestra, inundada de placer y de otras cosas.

Cuando repetían la función se oyó un ruido extraño, capaz de encogerle el ombligo al más pintado. A Andrés se le encogió más, porque supuso que había ocurrido alguna avería en el famoso lecho.

En efecto, una de las tablas no había encajado bien y tuvo que trabajar un rato para que asentase bien en su sitio.

No se atrevieron a repetir la prueba, pero la sesión continuó, sin embargo, en otro sitio más cómodo y blando.

El estreno de la cama había sido ruidoso.

¡Si lo hubiese sabido Arturito!

II

VÍCTIMA PROPICIATORIA

Cuando el novio se presentó en el almacén quedó agradablemente sorprendido.

—No pase ninguna pena—le dijo la dueña, sonriendo,—porque la obra está completamente terminada.

—¿Terminada?—exclamó con alegría.

—Definitivamente, pero nos ha costado un triunfo; anoche estuvimos trabajando en ella hasta bien tarde.

—¿Usted también, señora?

—Yo también puse mi parte y crea que lo hice muy a gusto.

—¡Cuánto se lo agradezco!—dijo el pobre muchacho, sin comprender la verdad de aquellas palabras.

Pasaron al taller; allí se alzaba resplandeciente, orgullosa, la célebre cama.

—En efecto — declaró Arturito; — este mueble honra a su fabricante.

—Y revela en el comprador un gusto exquisito.

—Muchas gracias.

—Pues aquí la tiene usted a su disposición.

—Nada, nada, que la lleven a casa y la monten; la portera tiene la llave y mis instrucciones. Cuando esté colocada irá la familia a verla y admirarla.

Y se despidió, después de pagar la factura y dar una propina para los encargados de su instalación.

Desarmada cuidadosamente se la condujo en un carro al domicilio que ocuparían los novios cuando regresasen de su viaje de placer.



La portera les abrió la puerta del cuarto y les indicó a los obreros el sitio donde había de emplazarse el suntuoso e imprescindible mueble.

Poco tiempo después quedaba instalada la cama en su sitio, con sommier y todo; sólo faltaban los colchones, pero eso no era de la incumbencia del taller de muebles.

Se había quedado olvidado allí uno de los florones que adornaban el tablero de la cabecera.

—¡Maldito sea! — exclamó de los dos operarios, el más caracterizado.—Tienes que ir a buscar ese dichoso florón, y no tardes, Manuel.

—¡Pues es un paseíto de órdago!—dijo el otro, poniéndose la chaqueta refunfuñando.—Una hora entre ir y volver.

—Muévete todo lo que puedas, hombre.

Al llegar al portal le preguntó la portera:

—¿Han terminado ustedes?

—Sí, la cama ya está montada—contestó; —pero falta un pijotero florón que me va a dar por donde amargan los pepinos.

—¿Entonces puedo verla?—volvió a preguntar la mujer, con esa curiosidad femenina tan impertinente a veces y otras tan oportuna.

—¡Ya lo creo! Suba, suba usted y verá lo que es canela fina.

Entró la mujer en la alcoba y contempló extasiada el suntuoso lecho.

—¡Es una preciosidad!—exclamó, admirada.

El oficial contempló, a su vez, a la portera y la dijo:

—Usted sí que es una preciosidad de criatura, alma mía.

—¿También de guasa?

—Hablo de veras, reina, porque vale us-

ted más pesetas que cañamones entran en tres toneladas.

—Usted no es de aquí, ¿verdad?

—No, señora; soy del barrio de la Merced, donde no he visto una mujer que se le parezca a usted en lo bonita. ¿Por qué no se muda usted?

—Ya me mudo, cuando se me ensucia la ropa.

—¡Olé las mujeres castizas! Permita Dios que se muera su marido y el juez me obligue a casarme con usted.

—Soy soltera.

—Pues ¿y ese niño a quien le daba de mamar cuando subíamos?

—Es mi sobrino.

—¡Cuando yo digo que es usted una tía con toda la barba!

—Ea, se acabó la broma, ¿eh? ¿Quiere

usted dejarme que examine a mis anchas la cama?

—¡Ya lo creo, mi vida! Y si le gusta una así, no tiene más que decírmelo y, cuando volvamos de la iglesia, se la encuentra usted colocada donde ordene.

—¿Es que nos convidan a la boda?

—Hablo de cuando volvamos casados de la iglesia.

—¿Y volveremos a pie?

—No, señora; en un auto, con las ruedas de cartón, para no hacer mucho ruido, y los asientos de merengue para que vaya usted más blandita.

—¡Cuando digo yo que no voy a poder fijarme bien en la cama!

—Vamos, ya me he callado.

—Eso es lo mejor. Y, digá usted: ¿se puede saber qué hacen esos dos angelitos en el testero?

—¿En qué quedamos, me callo o hablo?

—Sí, conteste a mi pregunta.

—Pues esos angelitos se están acariciando; son dos amorcillos.

—¿Morcillos o morcillas?

—Eso es lo que voy a tomar yo si continúa usted haciéndome sufrir tanto.

—¿Pero qué le hago yo?

—No atenderme; ya le he dicho que si quiere usted una cama igual a ésta.

—¿Para dormir sola?

—Conmigo.

—¡Buen papel haría yo al lado de una marmota, porque eso de dormirse...!

—Ha sido una metáfora, Mariquita.

—¿No ha tenido usted mejor nombre que ponerme?

—Si supiera cómo se llama...

—Consuelo, hombre, Consuelo... de tontos.

—¡Ay, mi madre! Que vamos a tener que estrenar la cama antes que nos casemos y que se casen los interfectos, o sea los que la han comprado.

—¡Eh, eh! No vale empujar; las manos quietas... y el cuerpo también.

—¿Es que no resulta mejor que el arroz y carne tumbarse en un lecho así? ¡Y vaya un lecho!

—¡Y dale que le darás! Y vuelta a empujar. ¡Si no me hará usted caer!

La joven era alegre como unas castañuelas y muy asequible, al parecer.

El ebanista, que no se andaba por las ramas, la dijo:

—¿Ha visto usted lo que hay debajo de los amorcillos? Es un relieve de mucho mérito.

A sabiendas o dejándose engañar se acercó más a la cama la joven, inclinó un poco

la cabeza para ver mejor y el oficial, que estaba esperando el oportuno momento, la empujó de veras esta vez y la tumbó en la cama.

El sommier le hacía dar agitados saltitos.

—Verá usted cómo yo lo sujeto—exclamó el tunante, saltando también al lecho.

Empezaron a forcejear, ella queriendo arrojarse al suelo, él queriendo retenerla, hasta que se hicieron un lío y quedaron uno encima de otro, pataleando no se sabe si de rabia o de placer.

Durante la lucha había puesto la joven al descubierto unos muslos sonrosados y carnosos que iban a confundirse en su parte superior, formando una especie de hendidura, de otro color que la piel, en cuyo centro se veía un punto encarnado que a poco se lo tragó la tierra o desapareció a los empujes del carpintero.



Empezaron a forcejear.

Cuando más a gusto estaban en la operación apareció el oficial que había ido por el fiorón.

El cuadro no podía ser más realista ni incitador.

La pareja seguía enfrascada en su faena, sin darse cuenta de la presencia del otro, que, para hacerse visible, dió un golpe en el suelo con la pieza que llevaba en la mano, diciendo al mismo tiempo:

—¡Eh, eh! Que el tambor también es tropa y que el sol sale para todo el mundo.

Júzguese la sorpresa de los dos tórtolos.

Ella se incorporó rápidamente, cubriendo sus desnudeces y queriendo disimular lo que estaba haciendo.

Pero el recién llegado no estaba por comedias, así es que reclamó su parte en el improvisado festín de amor, que convenía aprovechar.

No hizo muchos reparos la joven, tal vez por la abstinencia que estaría padeciendo, de modo que se repitió la operación, accediendo a los deseos del otro carpintero.

De pronto, se oyó un ruido extraño que cortó definitivamente la escena.

—¡Por vida de una tuerta!—exclamó el que hacía de encargado.—Un tablero que se ha caído.

Era el mismo de la noche anterior y que colocaron como pudieron los hombres, disimulándolo de la mejor manera posible.

¡Y Arturito soñando con la cama, que, a su juicio, debía estrenar él con su adorada Rosalía!

III

EL TERCER GOLPE

—¿Está ya la cama arreglada?—preguntábale Rosalía el día antes de la boda.—Porque yo quiero verla montada para apreciar el efecto que produce.

Aun siendo tan útiles y necesarios los demás muebles, el lecho era el que más preocupaba a todo el mundo.

—Poco falta—replicaba Arturo—para que satisfagas tu deseo, preciosidad. Los carpinteros la colocaron en su sitio y esta tarde llevarán los colchones; de modo que, a la noche, calculo que podremos visitar nuestro futuro domicilio para ver si está todo colocado a tu gusto.

Llamaron a la criada de casa, que después había de servirles a ellos también a ratos.

—Pilar—le dijo Rosalía,—puede usted ir preparando las ropas de la cama y esta tarde cuando vayan los colchoneros la viste usted para que a la noche esté dispuesta.

—¿Dispuesta, pa qué?—preguntó la criada, que era una baturra más bestia que un adoquín.

—Mujer, para ver el efecto que produce.

—¡Otra! Yo creí que era para dormir en ella ya.

Rosalía se puso como la grana y Arturito le oprimió una mano amorosamente, como recomendándola paciencia: era cuestión de horas.

Por fin llegó el aviso de que los colchoneros estaban en la nueva casa, esperando

que abriesen la puerta, para colocar los colchones en su sitio.

—Vamos, Pilar—ordenó la novia,—llévese la llave y a ver si lo arregla todo pronto y bien ¿Está allí toda la ropa?

—No falta nada.

Llegó la muchacha a cumplir las órdenes de su ama y quedó sorprendida cuando vió a los oficiales de la colchonería, porque en uno de ellos reconoció a Marianico, su paisano y antiguo amigo.

—¡Rediez! — exclamó éste.—¿De dónde sales tú, mañica?

—¡Jolín, del mundo!—replicó ella.

Y al revuelo, para que no se diese cuenta su compañero, añadió:

—Ten cuidiau con la lengua, porque ahura estoy hiciendo de doncella.

—¡Vaya una juada!—exclamó el paisano, sin poder contener la risa.

El compañero le dijo cuatro chicoleos a la joven, en su costumbre de requebrar a todo el mundo.

—¿ Sabes — añadió Marianico—que estás muy majica? Ti han probau los aires de aquí, porque las garras las tiés más gordicas que antes.

—Amos, no sias apatusco, y al avío.

Entre los tres montaron los colchones, con gran trabajo, porque pesaban los condenados; lo que es Arturito no había escatimado la lana, por lo visto.

—Bueno—le dijo Marianico a su compañero;—ya pués llevate el carro, que yo he de dar algunos puntos otavía, pa que sienten bien los colchones.

El otro se marchó de mala gana, porque había olfateado la carne y sentía no probar bocado de ella.

Cuando se quedaron solos, exclamó el baturro, sentándose encima de la cama:

—Amos, cuenta, cuenta, mañica, lo que ha sío de tu vida, dende que te dejé en el pueblo hasta ahura.

—Jolín, poco tié que referise. Cuando se notó la tripa, y viendo que mis amigas me hacían la mosca, agarré y me vine aquí pa dar a luz en el hospital un crío como un tocino.

—¿ Y ande tienes el vastágo?

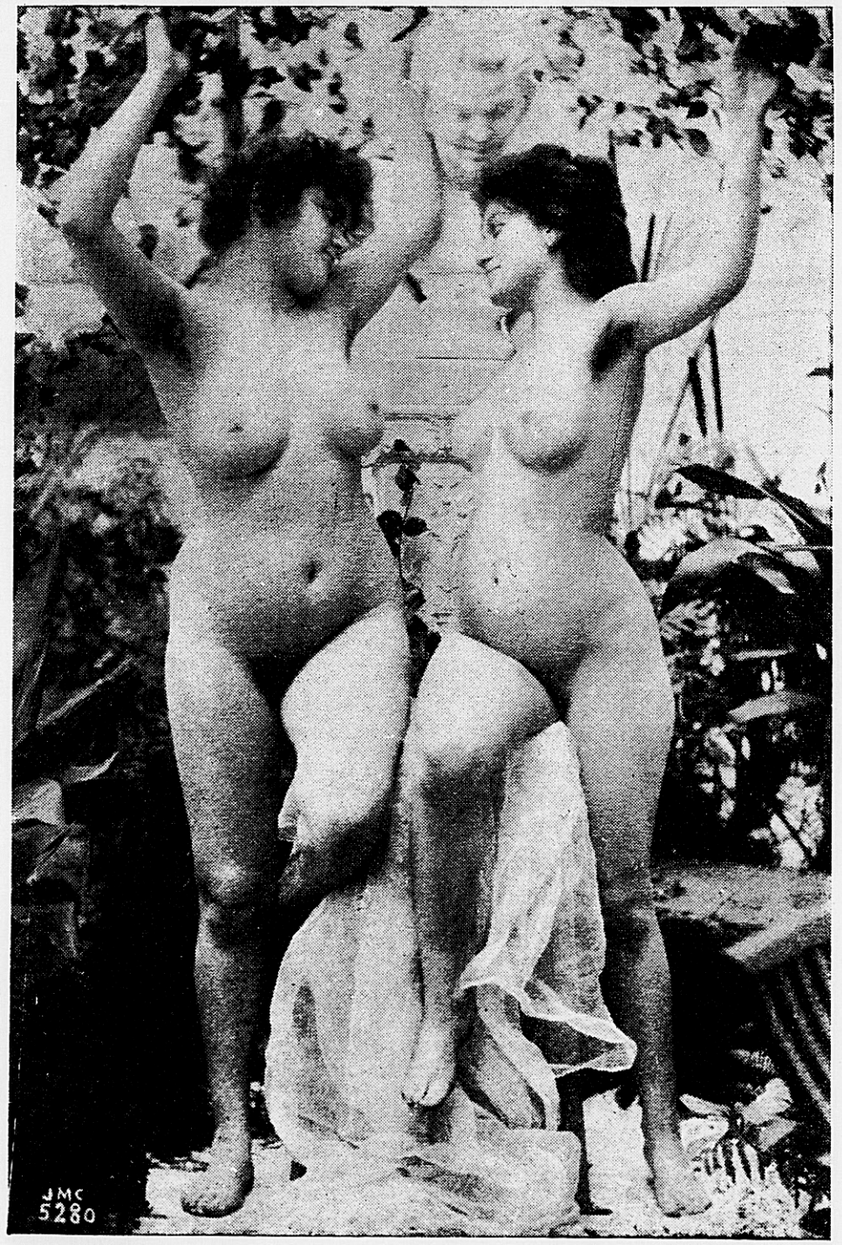
—¡ Otra! Me lo están criando en el hospicio. ¿ Dónde iba yo con tal estorbo? Cuando salí restablecía, pero sin un céntimo, pues me agarré a lo que pude y llegué a tener buena parroquia, porque de mí tó Dios sacaba raja.

—¡ Como que eres más rica que Paraíso!

Estaban sentados en el borde de la cama



Es que todavía estás criando.



y él la acariciaba de vez en cuando, tanteándole la pechera, que era soberbia.

—¿Es que todavía estás criando? — la preguntó, oprimiéndole los abultados pechos, exteriormente.

—¿Qué leche quieres sacar, si hace más de un año que tuve el crío?

—¿Y no has pensau en tener otri?

—¿Pa qué? ¿Pa dame guerra?

—Es que ahura nos repartiríamos el trebajo.

—¿Eso quié icir que el padre serías tu? ¡Amos, quita de ahí, apatusco! Además, desde que me dejé aquella vida y me metí a doncella estoy tan majicamente, que no me cambeo por la mujer del friscal.

—Pus mira, Pilarín, que has de quererme una miaja; yo estoy solico y abaldonau aquí y necesito una mañica así como tú, para recreame con ella.

—Mércate un fotógrafo de esos que te cantan y te tocan la musica.

—Otra cosa te voy a tocar yo, que nos ha de dar más gusto que la musica.

—¡Eso sí que no! No vayamos a ripitir lo del pueblo.

—¿Y qué? ¿Crees tú que si te resultara algo iba a ser yo como el hijo del alcalde, que no quiso reconocelo?

—¡Pero si el crío era tuyo!

—¡Moño! ¿Pus no me dijiste una vez que si no era del hijo del alcalde sería de Manolico?

—La verdad es que hi pirdido la cuenta, maño, pero luego veremos a quién se le paíce.

—Amos, Pilarín, riflixiona y no me hagas padecer.

—Lo que hemos de hacer es despachar

cuanti antes, que de lo demás tiempo tendremos.

—¿Eso quié icir que me das esperanzas?

—Nunca hay que perdelas.

—Premita Dios que te nazga un clavel en la lengua, boca de rosa, por lo bien que has charrau.

Y quiso darla un beso.

—Ten formalidad, Marianico—dijo ella, escurriendo el bulto,—y tira bien de esa sábana. Ahura coloca bien el almohadón por ese lau. ¡Ajajá! Dame la colcha.

Era de raso amarillo, con unas flores en el centro y unos ramos maravillosos; costaría un dineral.

—¡Rediez, qué majica es!—Exclamó Marianico, antes de echarla sobre el lecho.—¿Y no es un dolor arrugar una cosa tan bonica?

—¡Amos, no sías samarugo! ¿Te feguras que la gente se acuesta encima de la colcha?

—Yo me intiendo, maña; porque, si la colocamos y aluego me quiés tu hacer un favor como aquellos del pueblo, ¿no quedaría la colcha debajo?

—Pus pa evitar la tentación vamos a ponela cuanto antes. Otra vez será, Marianico.

—¡Eso, me despacha como si fuá un probe! ¿Y hay justicia en la tierra? ¿Ande vamos a encontrar un sitio mejor que este? ¿Tú te has fijau en los colchones?

—¿Y tú te fijas en la hora que es?

—Bueno, dame un besico, pu lo menos, y me debes lo demás.

—Amos, toma un beso.

Juntaron sus bocas en prolongado y ardiente ósculo. Mariano la oprimió la cintura en amoroso abrazo y casi perdieron el equilibrio.

Tambaleándose, fueron a dar con su cuerpo en el lecho, pero en seguida quiso incorporarse Pilar, porque veía que se le venía encima la tormenta; vacilaba, sin embargo; quería y no quería, que son dos cosas contrarias; pero Marianico estaba hecho una fiera y consiguió dominarla y hacerse dueño de la situación.

—Lo que es ahora no te escapas—la dijo alegre y sonriente.

Y procuró contribuir con su óbolo a la creación de otro nuevo pupilo del hospicio.

En lo mejor de la función, se oyó en la cama un ruido sospechoso.

—Es una tabla que se ha caído—dijo Mariano, después de reconocer el mueble y dar con la causa del ruido.

Y volvió a colocarla como pudo.

Cuando abandonaron aquella casa, quedaban tan amigos como lo fueron en el pueblo y citados para el domingo siguiente, en otra cama, porque aquella era propiedad exclusiva de sus señoritos.

Eso se creía Arturo ; ¡ pero ya, ya !

CAPITULO IV

EL SINO DE UNA CAMA

—Bien se conoce que ha trabajado usted mucho—le dijo Rosalía a Pilar cuando la vió regresar tan sofocada.

—Una barbaridad, señorita ; y eso que mi ha ayudao el colchonero ; él encima y yo debajo, himos podido conseguir que la colcha no haga ni una arruga, cayendo los flecos como si fueran racimos de jazmines.

—¡ Vaya un símil !—exclamó Arturito.

—Pues esta noche—observó la mamá, podemos ir a ver cómo ha quedado la casa, pero solos, porque hay que reservar la sorpresa a los invitados para cuando regreséis

del viaje de boda. ¡Ay, qué día más triste ha de ser para mí el de mañana!

Y empezó a gimotear.

—Vamos, no se ponga usted así—le dijo Arturo,—que ni su hija se va a morir ni usted va a abandonarnos. No amargue usted nuestra felicidad con su llanto.

—Sí, mamá, no nos la amargues.

—¡Yo quisiera que os pusiérais vosotros en mi lugar!

—No, no; lo que es yo, por mi parte —objetó el novio,—no me cambio en estos momentos ni por el arzobispo de Toledo...

—¿Se le habrá olvidado llevar el gato a la muchacha?—preguntó la vieja.—Porque es de buena sombra en una casa, siendo negro completamente, como es el que nos ha regalado doña Asunción.

—Ya está allí; lo han llevado encerrado en una cesta y además se le han untado de

aceite las patas para que le tome apego a la casa y no se escape.

Cuando Rosalía vió el nido de amor que le había formado su próximo maridito, estuvo para darle un abrazo, pero se lo impidió la presencia de su madre, que era una señora rígida y de buenos principios; en los postres es cuando no estamos muy bien del todo.

Los amigos rabiaban de celos aparte, como hacen los traidores de los melodramas, y deseaban conocer la casa, especialmente la cama, que es la obsesión de todas las solteras y mayormente aquélla, que había sido objeto de tantos elogios.

Por fin amaneció el día grande, el día de la boda, el día anhelado por todos los novios y maldecido luego por muchos maridos y no menos esposas.

Los contrayentes estaban graves y serios

oyendo las exhortaciones del sacerdote; la mamá gimoteaba; los convidados murmuraban.

Terminada la ceremonia se sirvió un refresco en casa de la novia y desde allí se encaminaron los recién casados al tren.

—¡Vivan los novios!

A los aplausos contestó con un silbido la locomotora, y el convoy se puso en marcha, hacia la felicidad.

Y volvieron, volvieron los nuevos esposos, alegres y satisfechos, como es de esperar: al principio todo es alegría y satisfacción... después vienen las madres mías.

En la estación eran esperados por familia y amigos, y después de los saludos de rúbrica, se fueron a la fonda, donde se les sirvió un suculento banquete, con la correspondiente pianola y bailoteo general. Tam-

bién hubo los consabidos curdas y malas sombras.

Ya bien entrada la noche, terminó la cuchipanda; llegaba el momento solemne de acompañar al matrimonio a su domicilio conyugal; se acercaba la hora de satisfacer su curiosidad grandes y chicos, hombres y mujeres.

El novio, como jefe de la futura familia, iba delante, con la llave en la mano; abrió, encendió la luz y dió paso a sus acompañantes.

—¡Qué precioso! ¡Qué magnífico! ¡Vaya un gusto! ¡Vaya un derroche!

Se oía decir a todos en general.

—Pero, ¿y la cama?—preguntaban las niñas.

—Allá vamos; no impacientarse.

Se iluminó la amplia alcoba y Arturo no pudo contener una interjección algo grosera.

—¿Qué ocurre?—preguntó su mujercita, avanzando.

—¡Mira!

En el centro de la cama, sobre la riquísima colcha había dado a luz la gata que le habían regalado, y allí amamantaba cariñosa a su numerosa prole. La colcha estaba para echarla a los perros.

—¡Qué asco!—dijo la mamá.

Y, rápidamente, recogieron aquella porquería, con gatos y todo.

De todos modos la cama gustó extraordinariamente, como era natural.

Pasó la tormenta, se retiraron los invitados y Arturo abrazó a su mujercita, pronunciando la frase sacramental:

—¡Al fin solos!

Y estrenaron, por lo menos así lo creyeron ellos, la magnífica y sufrida cama, cuya historia no pudo ser más accidentada.



Y estrenaron la cama

—Es de primera—decía Arturo, haciendo presión sobre ella, aunque el peso lo recibiese directamente Rosalía.

De pronto, se oyó un ruido extraño.

—¿Qué pasa?

—¡Esta cama está rota!—exclamó Arturo.

—¿Qué tiene?

—Una tabla partida — dijo, después de reconocerla.

—Es que pesamos mucho—observó la esposa,—y como cargamos el peso hacia el mismo lado...

¡Oh, si la cama hubiese podido explicarse como las personas!

El juez burlado

(Traducido de H. de Balzac)

La Portillonense, que más tarde convirtióse en la Taschereta, era lavandera antes de ser tintorera, en el lugar de Portillón, al que debía su nombre.

Siete años antes de casarse con el tintorero Taschereau, por San Juan, hallábase la muchacha en edad de ser amada. Como era gentil y risueña, dejóse querer sin elegir a ninguno de los jóvenes que la requerían de amores. Aun cuando tenía constantemente bajo su ventana al hijo de Rabelais, que po-

seía siete bateles navegando en el Loira, al primogénito de los Jhan, a Marchandeau, el sastre y a Pecard, el guarnicionero, burlábase graciosamente de ellos, haciéndoles mil cucamonas, porque quería ser conducida a la iglesia antes de comprometerse con un hombre, lo que prueba que fué una honrada chica... en tanto que su virtud no fué manchada. Era de esas mujeres que se guardan mucho del contagio; pero que una vez que, por una u otra causa, se ensucian de lodo, abandónanse por entero, con la idea de que, por una mancha o por muchas, lo mismo hay que lavarse al fin y al cabo. Hay que ser, en verdad, algo indulgente con estos caracteres.

Un joven señor de la Corte la vió un día que ella pasaba el río al mediodía, bajo un sol abrasador que hacía resaltar sus amplias bellezas; y, al verla, preguntó quién era. Un

viejo que trabajaba en la orilla díjole que era la hermosa Portillonense, lavandera muy conocida por su buen humor y su sagacidad. Aquel joven caballero, que tenía sus armarios bien provistos de abundantes gorgueras que ensuciar, poseía además muchas telas y paños de gran valor, y resolvióse a encargar el lavado de las ropas de su casa a la hermosa Portillonense, a quien esperó y detuvo en su camino. Mostrósele ella muy amable, por cuanto se trataba nada menos que del señor de Fou, chambelán del Rey, y quedó la muchacha halagada en su vanidad, tan pagada y tan satisfecha de aquel venturoso encuentro, que luego no se le caía de la boca aquel nombre. Habló mucho del suceso a los de San Martín, y de regreso en su lavadero, desbordóse en un torrente de palabras; después, al día siguiente, lo contó todo lavando en el río; y así se habló más del señor

de Fou en Portillón que de Dios en el sermón, que es cuanto puede decirse.

—Si la niña machaca así en frío, ¿qué es lo que no hará en caliente? — dijo una vieja lavandera. — Ella se empeña; ¡a buen precio le estará el señor de Fou!

La primera vez que esta entusiasta panegirista del caballero chambelán fué a entregar la colada al palacio, su cliente quiso verla, y después de dirigirla mil plácemes y de elogiar en gran manera su cuidadoso esmero en el lavado y planchado de sus ropas, acabó por decirla que tenía un buen palmito y que retribuiría bien su trabajo, pagándola en moneda que sería muy de su gusto.

El hecho siguió ala palabra, y en el momento en que sus gentes les dejaron solos, acarició a la hermosa joven, que creyó verle sacar buen golpe de escudos de su bolsa y no osaba fijar en ella su mirada, como

buena muchacha que se avergüenza de recibir salario, diciendo:

—Ya será en otra ocasión.

—No; será ahora mismo — replicó él.

* * *

Hay quien dice que pasó mil apuros para forzarla y casi no pudo conseguirlo; algunos la tuvieron por mal forzarla, porque ella salió de allí como ejército que se bate en retirada, se deshizo en quejas y lamentos y se personó finalmente en casa del juez. Este, por casualidad, se hallaba a la sazón en el campo. La Portillonense aguardó su regreso en la sala, llorando, diciendo a la sirvienta que ella había sido violada; porque el señor de Fou no la había dado otra cosa que su ruín proceder, mientras que un canónigo del capítulo solía entregarla gruesas sumas por lo que la robara el señor de Fou; que si ella amase a un hombre, estimaría natu-

ra darle aquel gusto, porque también ella disfrutaría placer al mismo tiempo; pero el chambelán la había lastimado y maltrecho en lugar de acariciarla dulcemente, como ella quería serlo; por lo tanto, la debía los mil escudos del canónigo. Al volver el juez, vió a la joven y quiso bromear; pero ella se puso en guardia y dijo que había venido a formular una queja. El juez la respondió que desde luego podía contar con un ahorcado a su gusto si así lo quería, porque estaba dispuesto a todo por ella. La hermosa joven le dijo que no quería, ni mucho menos, que el hombre de quien se trataba muriese, sino que le pagase mil escudos de oro, porque la había forzado contra su voluntad.

—¡Ah! ¡ah! — exclamó el juez. — ¡Esa flor vale más!

—En mil escudos — dijo ella — yo la dejo, porque con ellos viviré sin hacer más coladas.

—El que ha tenido ese capricho, ¿posee dinero? — preguntó el juez.

—¡Vaya! ¡Y no poco!

—Pues lo pagará bien caro. ¿Quién es?

—Monseñor de Fou.

—Entonces cambia de aspecto la cosa — dijo el juez.

—¿Y la justicia?

—He dicho la cosa y no la justicia — replicó el juez. — Es preciso saber cómo ha tenido efecto el suceso.

Entonces la muchacha refirió sencillamente cómo ella iba colocando las piezas de la colada en el armario de monseñor cuando, al sentir que él la cogía por las faldas, se había vuelto diciendo:

—¡Acabad, monseñor!

—Todo está explicado — dijo el juez, —

porque por esas palabras él creería que tú le facultabas para concluir cuanto antes. ¡Já ¡já!

La joven arguyó que se había defendido llorando y gritando, lo que atestiguaba la violación.

—¡Pudibundeces de doncella para más incitar! — dijo el juez.

En resumidas cuentas, la Portillonense afirmó que contra su voluntad se había sentido cogida por la cintura y empujada contra el lecho; que se había resistido, que había gritado mucho; pero que, desesperando de recibir ningún socorro, había perdido el valor.

—¡Bueno, bueno! — dijo el juez. —¿Habéis disfrutado placer en la cosa?

—No—respondió ella;—el daño causado en mi persona no está bien pagado con menos de mil escudos de oro.

—Amiga mía — replicó el juez, — no puedo hacerme cargo de vuestra queja, porque no creo que ninguna muchacha pueda ser violada si no es por su gusto.

—¡Ah, ah, señor! — sollozó la joven. — Interrogad a vuestra sirvienta y escuchad lo que ella os diga.

La doméstica aseguró, en efecto, que había violaciones sabrosas y violaciones repugnantes; que si Portillonense no había percibido ni dinero ni placer, se la debía o placer o dinero.

Esta atinada observación sumió al juez en gran perplejidad.

—¡Jacoba!—dijo. Antes de cenar quiero dejar ultimado este asunto. En consecuencia, ve a buscar un corchete y un hilo rojo del que empleamos para coser los legajos procesales.

Jacoba trajo en seguida un corchete aguje-

reado a perfección y un hilo rojo, bastante grueso, como se usa entre la gente de justicia. Después, la criada permaneció en pie, curiosa de ver juzgar la querella, muy emocionada, lo mismo que la joven, a la vista de aquellos preparativos mistigóricos.

—Amiga mía — dijo el juez, — yo voy a sostener el herrete, cuyo ojo es lo bastante grande para poder enfilar por él sin esfuerzo este cabo. Si conseguís pasarlo, yo me encargo de vuestra causa, y haré cumplir a monseñor, como es debido, este compromiso.

—¿Qué es eso? — dijo ella. — Yo no quiero prometerlo.

—Es una palabra de justicia que se emplea para significar un acuerdo.

—¿Compromisos son, pues, las capitulaciones de la justicia?

—Amiga mía, la violación os ha abierto también la inteligencia. ¿Estáis ya?

—Sí — respondió la lavandera.

El malicioso juez dió comienzo a un juego divertidísimo, presentando a la violada muy graciosamente el ojo del herrete; pero tantas veces como ella pretendía hacer pasar por él el hilo, que había retorcido previamente para mantenerlo bien derecho, el juez lo movía un poco y la joven nunca lograba su objeto. Sospechó ella el argumento que la oponía el juez, mojó el hilo, lo enderezó y volvió a la carga. El leguleyo esquivaba el encuentro diestramente, revolviéndose en todos sentidos, como doncella que se resiste. Por tanto el condenado hilo no entraba nunca. Tanto cuidado como la joven ponía en hacer pasar el cabo, ponía el juez en desviar el orificio. No se celebraban las nupcias del hilo en modo alguno; el agujero permanecía virgen, y la sirvienta se moría de risa, diciendo a la Portillonense que sabía mejor ser violada que

violar. El juez se echó a reir también, mientras que la hermosa Portillonense lloraba por sus escudos de oro.

—Si no os estáis quieto — le dijo la joven, perdiendo la paciencia — y os movéis siempre, no podré coger la embocadura.

—Pues, hija mía, si hubieses hecho eso mismo, monseñor no te habría forzado. ¡Y considera cuán fácil es la entrada del hilo por este agujero, y en cambio cuán cerrada debe estar la flor de una doncella!

La joven, empeñada en hacer ver que había sido forzada, quedó un momento pensativa, buscando en su magín alguna idea que la ayudase a dejar corrido al juez, demostrándole cómo se había visto obligada a ceder; tanto más, cuanto que iba en ello el honor de todas las pobres jóvenes expuestas

—Señor juez, para que la cosa sea justa ser violadas.

ta, es preciso que yo haga lo que hizo monseñor. Si yo no hubiese tenido que hacer otra cosa que moverme, aun me movería a estas horas; pero él recurrió a otros expedientes

—Oigamos — dijo el juez.

Entonces nuestra Portillonense preparó de nuevo el hilo y lo frotó en la cera de la bujía a fin de que permaneciese firme y derecho. Una vez enderezado, lo dirigió contra el orificio que le presentaba el juez, moviéndolo sin cesar a diestro y siniestro, mientras la joven le decía mil monerías como éstas:

«—¡Ay, qué lindo agujerito! ¡Qué preciosidad! ¡Jamás ví joya semejante! ¡Qué bello huequecito! ¡Dejadme introducir este hilo persuasivo! ¡Ay, ay, ay! ¡Vais a lastimar a mi pobre hilo, tan querido! ¡Estaos quieto! ¡Vamos, mi amor de juez, juez de mi amor! ¡Oh! El hilo no lo pasará bien a través de

esa angostura de hierro, de donde saldrá maltrecho.»

Y reía como una loca, porque dominaba ya aquel juego mejor que el juez, quien también reía de sus frases, sus muecas y su presteza en tender y retirar el hilo. Ella tuvo en jaque a su señor juez con el herrete en el puño hasta que quiso, siempre moviéndose, evolucionando como marmota en libertad; pero como la Portillonense seguía empeñada en hacer entrar el hilo y él no podía ya más, llegó un momento en que tuvo la muñeca tan fatigada, que le fué preciso apoyarla un instante en el borde de la mesa; y entonces, diestramente, la astuta joven metió el hilo, diciendo:

—He aquí cómo sucedió la cosa.

—Pero yo estaba rendido — dijo él.

—Lo mismo que yo — replicó ella.

El juez, corrido, dijo a la Portillonense

que procuraría hablar al señor de Fou y se encargaba de la causa, porque le constaba que el joven caballero la había forzado contra su voluntad; pero que, por razones de conveniencia, terminaría el asunto en la sombra.

Al día siguiente, el juez se presentó en la Corte y vió al señor de Fou, a quien transmitió la reclamación de la joven, contándole cómo le había referido el caso. Esta queja de justicia agradó mucho al rey. Habiendo confesado el joven Fou que era fundada, preguntóle el rey si había encontrado difícil el acceso; y como el señor de Fou contestase ingenuamente que no, díjole el rey que aquel postiguillo estaba bien pagado en cien escudos de oro, y el chambelán los entregó al juez, para no ser tachado de tacañería, pero dijo que el almidón le proporcionaba buena renta a la Portillonense.

El juez volvió a Portillón, y dijo sonriendo a la joven que había conquistado cien escudos de oro para ella. Pero que si ella quería el resto de los mil escudos, había en aquel momento en la cámara del rey algunos señores que, sabedores del caso, se ofrecían a completarlos a su gusto.

La hermosa muchacha no se hizo de rogar, diciéndose que con tal de no hacer ya más lavados, enjuagaría de buen grado su doncellez un poco. Luego recompensó con largueza el trabajo del juez, y ganó sus mil escudos de oro en un mes. De ahí vinieron las mentiras y patrañas sobre su fortuna, porque por esa docena de caballeros, las envidiosas pusieron cien, siendo así que, al contrario de la generalidad de las hembras, la Portillonense se hizo prudente desde que poseyó sus mil escudos de oro. Hasta un duque que no hubiese reparado en quinientos

escudos, habría hallado a la joven rebelde a su deseo, lo que prueba que ella tenía conciencia de su mérito. Es verdad que el rey la hizo ir a su retiro de la calle Quinquangrongne, la encontró muy linda y muy graciosa, refocilóse con ella y prohibió que fuese inquietada en modo alguno por los alguaciles y esbirros. Viéndola tan bella, Nicolasa Beaupertuis, la querida del rey, la entregó cien escudos de oro para que fuese a Orleans y comprobase allí si el color de Loira era el mismo que en Portillón. La joven marchó tanto, más voluntariamente cuanto que no se jactaba de ser querida del rey. Cuando vino el santo varón que confesó al monarca en sus últimos días y fué canonizado más tarde, la hermosa Portillonense acudió a él para purificar su conciencia, hizo penitencia y fundó un lecho en el hospital de Saint-Lazare-les-Tours. In-

numerables damas que todos conocéis han sido violadas de muy buen grado por más de diez caballeros, sin fundar otros lechos que los de sus casas. Conviene dejar sentado este hecho para lavar el honor de aquella buena muchacha que lavaba las suciedades ajenas y que más tarde gozó gran renombre por su gentileza y su talento.

Esto nos demuestra con toda evidencia que, con astucia y paciencia, se puede también violar la justicia.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

COLECCIÓN GALANTE

PUBLICACIÓN SEMANAL

DIRECTOR - PROPIETARIO: AURELIO ALCÁNTARA

En esta nueva COLECCION sólo tendrán cabida las obras realmente maestras de todas las literaturas, que ilustrarán los más reputados dibujantes.

A continuación damos el título de los ocho primeros volúmenes.

1.—**Sólo con una,** por Abilio Pons.
2.—**El hijo de todos,** por Manuel Flores.
3.—**Las pérdidas de don Blas,** por Abilio Pons.
4.—**Lo que vió una cama,** por Manuel Flores.
5.—**La estrechez de Loló,** por Abilio Pons.
6.—**Una tortilla en su punto,** por Manuel Flores.
7.—**La selva virgen,** por Abilio Pons.
8.—**La pipa y el mango,** por Manuel Flores

Precio de cada tomo: 50 cts.

Administración: San Paciano, 6 - Barcelona